

MARÍA EUGENIA SALAVERRI

LLEGÓ CON LA TORMENTA

algaida



**LLEGÓ CON
LA TORMENTA**

MARÍA EUGENIA SALAVERRI

LLEGÓ CON LA TORMENTA

algaida



Diseño de cubierta: www.agustinescudero.com

Fotografía de cubierta: Javier Rebollo

Primera edición: 2024

© María Eugenia Salaverri, 2024

© Algaida Editores, 2024

Avda. San Francisco Javier, 22

41018 Sevilla

Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54

e-mail: algaida@algaida.es

ISBN: 978-84-9189-900-6

Depósito legal: SE. 342-2024

Impreso en España-Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÍNDICE

CAPÍTULO 1	13
CAPÍTULO 2	26
CAPÍTULO 3	37
CAPÍTULO 4	46
CAPÍTULO 5	55
CAPÍTULO 6	62
CAPÍTULO 7	73
CAPÍTULO 8	86
CAPÍTULO 9	94
CAPÍTULO 10	103
CAPÍTULO 11	112
CAPÍTULO 12	123
CAPÍTULO 13	133
CAPÍTULO 14	146
CAPÍTULO 15	158
CAPÍTULO 16	170
CAPÍTULO 17	183

CAPÍTULO 18	194
CAPÍTULO 19	206
CAPÍTULO 20	216
CAPÍTULO 21	228
CAPÍTULO 22	240
CAPÍTULO 23	249
CAPÍTULO 24	261
CAPÍTULO 25	271
CAPÍTULO 26	283
CAPÍTULO 27	295
CAPÍTULO 28	306
CAPÍTULO 29	316
CAPÍTULO 30	329
CAPÍTULO 31	342
CAPÍTULO 32	353
CAPÍTULO 33	364
CAPÍTULO 34	376
CAPÍTULO 35	389
CAPÍTULO 36	400
CAPÍTULO 37	408

Para quien me quiere

«El pasado nunca muere.
De hecho, ni siquiera es pasado».

WILLIAM FAULKNER

«Vivimos atrapados por aquello
de lo que huimos».

CATHERINE CAMUS

CAPÍTULO 1

CUANDO DAN VIO POR PRIMERA VEZ AL JOVEN ALTO mirándolo junto a un banco del malecón, supo con seguridad que estaba allí para matarlo. Un latigazo de pánico le recorrió la columna hasta la nuca y sintió un deseo fortísimo de salir huyendo, pero logró reprimir el impulso y no se movió de donde estaba. Al contrario, se quedó muy quieto, intentando decidir qué hacer, el corazón latiendo a toda velocidad, mientras le recorrían la mente ideas enloquecidas, cargadas de adrenalina, que aceleraban su respiración. Tomó aire hasta llenarse los pulmones. «Estoy en Arcachon», se dijo intentando serenarse, «en el muelle Thiers. A pleno día. Con amigos. Y ese individuo está a suficiente distancia como para no ser una amenaza inmediata. Así que no cederé al miedo. Respiraré hondo y conservaré la sangre fría. Puedo manejar la situación».

Eran las cuatro de la tarde y, en la última hora, el tiempo había cambiado bruscamente. La mañana había sido clara y apacible, demasiado cálida para un mes de noviem-

bre, pero hacia el mediodía se despertó un viento acre que olía a salmuera. El cielo azul desapareció, oculto tras unos pastosos y oscuros nubarrones que avanzaban con decisión, engullendo fieramente la luz que encontraban a su paso. La temperatura bajó diez grados en unos minutos, anunciando que una violenta galerna se aproximaba a la costa atlántica. Sin embargo, ni Dan, ni Robert, ni los dos hijos de este se movieron del muelle. No querían darse por vencidos y continuaban expectantes, con las cañas tendidas sobre el agua, como si aún esperaran cobrar unas cuantas piezas para venderlas en los restaurantes de la playa. Sabían con seguridad que no sería así, la mar ya estaba turbia y agitada, y había comenzado a arbolarse muy cerca de la costa. Pero la llegada de una galerna siempre era espectacular y resultaba difícil apartar la vista de ella. Había algo hipnótico, terrible y bello en esa súbita transformación de la naturaleza.

Dan señaló el amenazador nubarrón color pizarra que se cernía sobre ellos y Robert asintió y dijo lo que todos estaban pensando.

—Habrás que plegar velas, muchachos. Aquí no hay nada que hacer. Es hora de irse.

Sandra y Bobby comenzaron a recoger sus útiles de pesca. Eran mellizos, pero no se parecían mucho. Sandra, pelirroja como Robert, pecosa, guapa y espigada, era más alta que las demás chicas de catorce años, mientras que su hermano no acababa de dar el estirón y se estaba convirtiendo en un adolescente rechoncho y acomplejado por el acné.

—¿Qué harás tú, tío Dan? —preguntó Sandra poniéndose en pie—, ¿vas a quedarte aún?

—No. —Dan intentó localizar al joven alto, al que había perdido de vista—. Me voy.

Aunque Dan no era realmente un familiar suyo, solo un amigo de su padre, los dos chavales lo llamaban «tío» y a él le gustaba que le dieran ese tratamiento.

En el pueblo algunos creían que Dan y Robert eran parientes porque los veían juntos casi a diario y tenían cierto parecido físico, aunque Dan era menos corpulento que su amigo, los rasgos de su cara eran más finos y su pelo era castaño claro, casi rubio.

Lo cierto era que se habían conocido cinco años atrás en el muelle de la playa, junto a la rosa de los vientos tatuada en los oscuros tablones de madera. Ambos pescaban allí y, tras coincidir unas semanas sin cruzar palabra, pasaron a saludarse con un gesto de la cabeza. Hasta que un día Robert se acercó a Dan y le ofreció un Gaulois.

Tiempo después le confesó que, en realidad, él nunca había fumado, que aquella cajetilla de tabaco fue una excusa para abordarlo porque era una persona que necesitaba tener amigos y por aquel entonces se había trasladado recientemente a Arcachon y apenas conocía a nadie. Dijo también que Dan le cayó bien desde que lo vio. Así que no le importó fumar aquel pitillo para conseguir un acercamiento.

Lo que ignoraba Robert era que Dan no quería hacer amistades e intentaba evitarlas a toda costa. Había aprendido a esquivar cualquier posibilidad de aproximación, por-

que sabía que, con el tiempo, acabaría desembocando en curiosidad, preguntas, exceso de confianza, confidencias... Algo que él no podía permitirse.

Ahora sus ojos, inquietos, barrieron el horizonte buscando al joven alto. ¡Se había esfumado! Apenas apartó de él la vista un instante, para recoger sus cosas, y ya había desaparecido del malecón. ¿Estaba escondido en algún lugar, vigilándolo, apuntándolo con un arma? O quizá tuviera un cómplice que lo ayudara a ocultarse. Pero ¿quién? Había muy poca gente en las inmediaciones, y estaba seguro de que, si hubiera algún extraño vigilándolo, se habría percatado de su presencia, como se percató de la del chico. Era importante evitar la paranoia. No hacer nada que llamara la atención. Estar vigilante, y tranquilo. Pero ¿cómo tranquilizarse? ¡Si solo se había despistado dos segundos! «Te has hecho viejo —pensó—, te has aburguesado, te distraes fácilmente, tienes descuidos, y esa falta de reflejos puede costarte la vida».

Su mirada se cruzó con la de Robert, que lo observaba atento.

—¿Ocurre algo? —preguntó su amigo.

—Nada —respondió Dan intentando imprimir a su voz una despreocupación que no sentía—. Solo echaba una última ojeada a la ciudad. Va a caer una buena.

Dan no tenía biografía. Al menos, no una que se sostuviera ante un atento escrutinio. En su documento de identidad figuraban datos coherentes pero insuficientes para crear una historia personal verosímil, por lo que debía evitar riesgos y un amigo solo podía traerle problemas. Aprendió a ser amable pero distante, a mantener solo con-

versaciones intrascendentes y a interponer entre él y los demás un desapego capaz de desanimar a los intrusos que intentaran acercarse demasiado. Pero con Robert no supo hacerlo. Aquel hombretón grande y macizo, descendiente de marineros irlandeses, de los que heredó su abundante pelo rojizo y sus redondos ojos azules, logró ganarse su simpatía pese a todas sus reticencias.

A Robert no le interesaba el pasado de Dan. Tampoco hablaba del suyo. Jamás hacía preguntas y, por lo general, pescaban en silencio, enredado cada uno en sus propios pensamientos. Luego vendían la pesca en los caros restaurantes de la ciudad, que la ofrecían a sus clientes como producto local exclusivo, manjares destinados a *gourmets*.

Daba igual quién pescara una pieza, iban a medias y confiaban ciegamente en la honradez del compañero. Pero sus conversaciones nunca eran demasiado íntimas. Una vez, solo una, Robert comentó de refilón que en su juventud *hippy* tuvo algún tropiezo con las autoridades. Dan temió que, en reciprocidad, su amigo esperara alguna confesión por su parte. Pero pronto comprendió que Robert solo se había referido a su pasado para explicar la razón por la que educaba a sus hijos como lo hacía: con firmeza, marcándoles límites pacientemente y evitando usar ante ellos expresiones malsonantes.

Los mellizos acudían al muelle cuando no tenían clases y en las tertulias con ellos eran habituales las bromas y puyas. En esas ocasiones Robert acompañaba a los chavales a casa y era Dan quien repartía el pescado a los hosteleros. Al terminar, se encaminaba a la Brasserie des Marquises, en la plaza del mercado. Muchas tardes Marie France se reunía

allí con él al salir de trabajar. Otras veces bebía un par de vasos solo, o mantenía alguna charla trivial con otros parroquianos, porque le gustaba tomar una cerveza bien tirada antes de ir a preparar la cena.

Cuando logró localizar al joven en la distancia, se tranquilizó. Se había alejado del espigón y estaba parado en el paseo de la playa, cara al mar, aparentemente distraído en su contemplación. Al verlo, el corazón de Dan dejó de latir con tanta fuerza y su respiración se serenó lo suficiente como para permitirle controlar la ansiedad.

Acabó de recoger sus cañas y avíos. Se ajustó su chamarra roja subiéndose la cremallera hasta el cuello y se caló hasta las cejas el gorro de gruesa lana azul.

Mientras lo hacía, vigilaba por el rabillo del ojo al joven desconocido.

Robert, Sandra y Bobby esperaban que estuviera listo. Él hizo un gesto afirmativo.

—Cuando queráis —dijo.

Los cuatro cruzaron el malecón camino del bulevar de la playa. Comenzaron a caer grandes gotas de agua sobre el muelle, mojándolo por completo en unos instantes.

—Llegó la galerna —dijo Robert, apretando el paso—. ¿Cómo va a llover, muchachos?

—*Comme vache qui pisse!*¹ —gritaron al unísono los mellizos.

Era una broma habitual entre ellos y los cuatro se rieron. Pero de pronto empezó a llover con una violencia inusi-

¹ «Como vaca que mea»: expresión humorística francesa que alude a la lluvia muy fuerte.

tada y el grupo se disolvió, citándose para el día siguiente, en el caso de que la tormenta les diera un respiro.

El paseo marítimo presentaba un aspecto otoñal, el suelo alfombrado por grandes hojas marrones desprendidas de los plátanos de Indias que crecían junto a la playa. El joven alto estaba ahora clavado junto al olivo que flanqueaba el hotel Richelieu. Inmóvil como una estatua, fingía leer con concentración la carta de su restaurante, aunque sus gafas, mojadas por la lluvia y empañadas, le hacían imposible la lectura. Sus manos se anudaban a su espalda, los dedos flacos tan tensos como si fueran a quebrarse, estrujándose inquietos.

Dan lo observó, intentando decidir qué hacer. Podía huir por el paseo, internarse en alguna callejuela lateral, esconderse y esperar. El otro lo seguiría. Entonces saltaría sobre él, sorprendiéndolo, y le golpearía repetidamente la cabeza con el filo de su carrete de pesca. Una y otra vez, una y otra vez, con fiereza, hasta que el metal le astillara y rompiera el cráneo. Pero corría el riesgo de que alguien, un vecino de la zona, cualquier viandante, lo viera y avisara a la policía. Y lo más importante: no deseaba matar a nadie. Ya no. «Es preferible odiar a la gente que vas a cargarte —le dijo alguien años atrás—; no es imprescindible, pero supone una ventaja». Y era cierto. Pero él no odiaba a nadie. El odio, como un hábito o un músculo, crecía al ejercitarse y se debilitaba en la inacción. Y había pasado demasiado tiempo desde la última vez que...

También podía abordar al tipo y preguntarle abiertamente qué quería de él. Por qué lo vigilaba. Pero esa posibilidad no lo convencía. Posiblemente se asustaría, y si iba armado y estaba nervioso, como parecía, era fácil que perdiera el control y le disparara.

Se preguntó cuánto tiempo llevaría espíandolo. Quizá días. De ser así, ¿lo hubiera notado? Suponía que sí, había sido entrenado para ello, pero no estaba seguro del todo. También en eso había perdido práctica.

Decidió tomar el camino habitual hacia el centro, simulando no percatarse de la vigilancia. El joven estaba demasiado expuesto como para arriesgarse a tirotearlo en el paseo, a plena luz del día. En Francia, debido al terrorismo yihadista, había crecido mucho la presencia policial, y era probable que algún gendarme merodeara por las inmediaciones. Aunque también cabía la posibilidad de que no fuera así, y en ese caso...

Echó a correr en dirección a la Ville d'Été, con sus útiles de pesca. Siempre empezaba con un trote suave, para proteger las articulaciones. Se propuso ser muy cuidadoso, ya que el piso, cubierto de hojas, estaba húmedo y resbaladizo. Sabía correr. Lo hacía a diario. Y le gustaba. Le había gustado desde niño, pero en los últimos años, desde que sobrepasó los cuarenta, lo consideraba una obligación. La mejor manera de mantenerse en forma y tener a raya el colesterol.

Apretando el paso se acercó al Richelieu e inspeccionó al joven de arriba abajo. Calculó que tendría unos veinte años y que mediría algo más de metro ochenta. Era imposible saber si iba armado y resultaba difícil adivinar su en-

vergadura y complexión, porque le cubría una amplia parka militar de color verde oliva, con insignias de la bandera alemana. No parecía muy fuerte, pero sí lo suficiente como para presentar resistencia en una pelea. Tenía el cuello delgado y pálido —un pescuezo estrecho que parecía pedir a gritos una bufanda—, y en su oreja brillaba un pendiente de aro. Pelo castaño oscuro, flequillo recto y un mechón suelto, más largo que el resto, que colgaba de su nuca como la cola de un zorro. Nada en él destacaba, salvo sus pies enormes, embutidos en unas deportivas viejas, y la tensión insoportable que emanaba de su cuerpo. Su cara, crispada y exageradamente próxima a la carta del hotel, tenía un color blanco céreo, y su pierna derecha se agitaba con un temblor involuntario. Los brazos mostraban en sus extremos unas manos huesudas que sobresalían de las mangas de su chaqueta, inútiles y rígidas, como si quisieran emplearse en algo y no supieran en qué.

En ese momento el joven se giró un poco, lo suficiente como para dirigir a Dan una rápida mirada, huidiza y medrosa, y, al hacerlo, sus pies tropezaron torpes con el bordillo de la acera y estuvieron a punto de hacerle perder el equilibrio.

Dan lo sobrepasó sin disminuir el paso, evitando mirarlo directamente. Sin embargo, los ojos de ambos se cruzaron apenas un instante y, en ese instante, él comprendió que se encontraba ante alguien brutalmente aterrado. Su olfato le permitió oler aquella angustia animal, incontrolable, impregnando el aire que rodeaba al muchacho. Si algo conocía Dan de verdad, era el miedo. El miedo era lo suyo.

Siguió corriendo bajo la lluvia sin volver la vista atrás. Cruzó un par de calles, se internó en un estrecho callejón lateral en el que el viento soplaba con fuerza, entró en el bar restaurante Les Coquilles y cerró la puerta tras de sí.

El comedor, decorado como el camarote de un barco, olía a pan recién horneado, pero en él no había ningún cliente. El frío y la humedad hacían que los habitantes de Arcachon se retrajeran y los escasos turistas que visitaban la ciudad en esa época del año probablemente preferían tomar algo caliente en sus hoteles o pensiones.

El viejo Gastón, dueño del local, jugaba a los dardos con uno de los camareros.

—¡Vaya tiempo infernal, amigo mío! —exclamó al ver a Dan—. Hoy no vendrá a cenar ni Dios. Y te veo con las manos vacías. ¿Qué han hecho los peces?, ¿huir de la bahía?

—Eso parece —respondió Dan—. No ha picado ni uno.

—Esos tienen más cabeza que yo —dijo Gastón—. A veces me pregunto por qué abro el restaurante en estas fechas. Solo con encender la luz del local, gasto más de lo que gano.

—Igual es que no te va la tranquilidad y te aburres en casa.

—No lo dudes. Hay gente que vale para no hacer nada. Sospecho que los más inteligentes. Los demás no podemos. Necesitamos enredar y hacer ruido. Así simulamos que servimos para algo. Los tontos siempre estamos muy activos.

El dardo de Gastón entró en el aro triple del número 18. Dan asintió varias veces. El viejo sonrió ampliamente y le guiñó un ojo.

—¿Te hace un vaso, Dan? Jean Claude, sírvete lo de siempre. Invito yo.

—Hoy no —respondió Dan—. ¡Ando con prisa! ¿Puedo dejar los avíos en tu almacén?

—Claro —replicó Gastón—. No hay problema. Déjalos junto a los míos.

—Okey. Entonces, hasta mañana.

Guardó en el almacén su material de pesca y cruzó rápidamente el largo pasillo hacia los váteres. Comprobó que nadie lo veía, se quitó la chamarra, le dio la vuelta y se la volvió a poner por el otro lado. Estaba empapada y el contacto con la piel no era agradable. Hizo lo mismo con su gorro. Cuando salió del bar por la puerta trasera, vestía una chamarra y un gorro blancos.

Sin dejar de correr, saltando sobre los charcos, atravesó callejones, pasadizos y cantones. Conocía bien la zona del pueblo cercana a la playa. Allí era fácil esquivar posibles perseguidores, ya que había numerosos recovecos por los que hacerse invisible.

Las calles estaban desiertas y no se cruzó con nadie en su camino. El viento soplaba helador y la lluvia racheada abofeteaba con fuerza los árboles y los escaparates de las tiendas. En el mismo momento en que llegó a la puerta del supermercado Casino, un rayo blanquísimo y furioso mor-

dió el cielo oscuro, partiéndolo en dos, y un trueno ensordecedor retumbó en toda la ciudad. Instantes después, descargó sobre Arcachon una enorme granizada que se estrelló ruidosa contra el suelo.

Antes de entrar en el establecimiento, Dan se volvió para comprobar que nadie lo seguía. En efecto: en la calle no se veía un alma y la explanada y el *parking* del supermercado se habían convertido en algo muy parecido a una piscina.

Atravesó el local a grandes pasos, dirigiéndose a un lateral. Apenas había clientes, solo un par de parejas dispersas y unos adolescentes arracimados ante las baldas de bebidas alcohólicas. Hablaban alto y se reían a carcajadas. Dan pasó por su lado. En ese momento sonaron cerca varios disparos. El corazón le latió con tanta fuerza como si fuera a escapársele del pecho. Giró sobre sí mismo, al tiempo que echaba la mano a la cadera intentando coger un arma inexistente, y apuntó con ella a los críos, que saltaban alrededor de unos petardos estallados en el suelo.

Todo fue muy rápido, apenas unos segundos. De inmediato se dio cuenta de su error y apretó el paso, alejándose de los chicos. Su gesto había sido absurdo e instintivo, puro nerviosismo animal, pero los chavales, pendientes de sus bromas, no se percataron de nada. Solo un empleado del súper, que reponía alimentos, vio lo ocurrido. Miró a Dan con curiosidad, luego desvió la vista y se dirigió a los jóvenes para reprenderlos a gritos.

Dan alcanzó la puerta de emergencia del supermercado. Al salir a la intemperie, el granizo le golpeó la cara, pero ofreció su rostro al viento y a la lluvia y corrió hasta alcan-

zar la avenida Gambetta, que en ese tramo formaba una empinada cuesta que unía el centro del pueblo con la Ville d'Hiver.

El agua bajaba hacia la ciudad en torrentes resbaladizos y apenas se veían coches por la calle. A quién se le iba a ocurrir salir en una tarde así. Había que estar muy loco para hacerlo. O tener una obligación ineludible.

La puerta de la sinagoga estaba abierta y el rabino, apoyado en la jamba, miraba al exterior con cara de asombro, como si le costara creer lo que veía. Conocía a Dan de vista y lo saludó con la mano. Dan le devolvió el saludo sin detenerse y continuó corriendo calle arriba.

En pocos minutos llegó a Villa Francine, el imponente palacete blanco y rojo en el que vivía con Marie France. Azotado por los vientos y la lluvia, el edificio se alzaba sólido y digno en una esquina de la avenida. Dan abrió la verja del jardín, que rechinó como de costumbre, y enfiló el sendero hacia la casa.

CAPÍTULO 2

EL JARDÍN DE LA FINCA ESTABA TOTALMENTE EMBA-
rrado y los crisantemos de brillantes colores —na-
ranjas, amarillos, violetas— yacían en el suelo; sus
esqueletos negros y desnudos, destrozados por la violencia
del pedrizo.

Para no manchar el recibidor con los zapatos sucios
entró por el garaje, sorteando los dos coches estacionados
en él. Un Gordini desvencijado, propiedad de los Lefebvre,
huéspedes temporales de Villa Francine, ocupaba el lateral
izquierdo. Se adivinaba que en el pasado debió exhibir un
violento color guinda, pero el tiempo se había encarnizado
con su pintura, obligándola a mutar hasta su actual tonali-
dad rosa desvaída. Abundantes arañosos, heridas oxidadas,
desconchones y calvas semejantes a pústulas de hierro jalo-
naban la carrocería, y los asientos delanteros, cubiertos con
unas viejas fundas hechas con bolas de madera, producían
incomodidad en quien los miraba. El morro del Gordini,
mal aparcado, como de costumbre, invadía buena parte de

la parcela contigua, la de Dan, impidiéndole el acceso a su Peugeot todoterreno gris.

Bajo su coche había una antigua fosa séptica que de vez en cuando daba problemas de olores molestos. Esa tarde emitía un fuerte tufo a azufre. Se propuso ocuparse de ella. Un par de baldes con los productos químicos adecuados solucionarían el asunto. Pero no era momento de pensar en eso. Tenía frío y solo quería quitarse la ropa empapada.

Colgó su chamarra en el candado de la puerta que comunicaba el garaje con el antiguo apartamento de la familia de Marie France, desocupado desde tiempo atrás, y se descalzó. Tenía los calcetines empapados y subió las escaleras que llevaban al interior de la vivienda con los zapatos en la mano.

El caserón estaba en silencio. O bien los Lefebvre no habían llegado aún, o, lo que también era posible, habían mantenido una de sus interminables discusiones que acababan en un mutismo absoluto hasta que alguno de los dos explotaba nuevamente y volvía a encender la mecha de sus mutuos reproches e insultos.

En el cuarto de baño se frotó enérgicamente la cabeza con una toalla y se dirigió a su dormitorio. Tiró al suelo la ropa húmeda y se puso un pantalón de pana, calcetines térmicos y una gruesa camisa de cuadros que le regaló Marie France un año antes.

Conectó la calefacción y fue a la sala, una estancia grande y confortable en la que se mezclaban muebles antiguos y pesados con otros actuales, más ligeros. Encendió varias lámparas y el ambiente se volvió de pronto cálido,

acogedor. Le agradaba aquella casa, y más aún en invierno, cuando el suelo de madera estaba cubierto con grandes alfombras de dibujos morunos y colores vivos. Era la casa en la que por primera vez se sintió a salvo. La casa en la que Dan —su identidad francesa, el personaje que representaba desde hacía años— había crecido, luchando siempre por adaptarse a su piel, por pegarse a ella. Como si ambos, el impostor y él, pudieran ser el mismo hombre.

Desde la ventana se veía la calle desierta. Sentado en el sofá, lio un porro y telefoneó a Marie France. Ella cogió el teléfono sin interrumpir la conversación que mantenía con alguien. Se oían voces de fondo, animadas, y una música melódica, tal vez Aznavour. Estaba claro que se encontraba en un bar.

—¿Danny? ¡Aquí hay mucho ruido! —respondió Marie France levantando la voz—. Estoy en el Pinpi. Con Henriette y Baptiste. ¡Henriette dice que te salude de su parte!

A Dan le llegó el parloteo rápido de una voz ronca de mujer. La de Henriette Gillet.

—Devuélvele el saludo —dijo.

Marie France se echó a reír. Era evidente que no lo escuchaba, estaba más pendiente de lo que decían sus amigos. Dan aprovechó para coger una manta escocesa que desplegó sobre sus piernas. Junto al sofá, en una mesa auxiliar, había una foto de Marie France el día en que recibió su título de Miss Bahía de Arcachon. Dan sacó del cajón de la mesita una caja de cerillas y encendió el porro con una de

ellas. Llevaba varios días buscando su Dupont de plata sin lograr encontrarlo, lo que lo irritaba bastante.

En la pared frente a él, un cuadro voluminoso mostraba a una muchacha ataviada con un vestido largo y vaporoso: la baronesa Francine Mauriac, la antigua propietaria de la casa. Aprisionada por un marco dorado cargado de volutas, su bonita cara ovalada, cercada por una cabellera de abundantes rizos, miraba al infinito con unos ojos que parecían soñadores. Su mano, apoyada en un piano de cola, sostenía con desmayo una rosa blanca. Pero había algo en la actitud de la joven —¿tal vez en su sonrisa burlesca o en el arco de sus cejas?— que parecía desafiar el romanticismo de la escena, dando la sensación de que había conminado al pintor a terminar pronto su trabajo, quizá porque odiaba sentirse atrapada por aquel marco, aquel piano y aquella pose tan poco natural, y solo deseaba escapar de allí y perderse por los jardines de las fincas colindantes.

Cuando hablaba por teléfono, Dan solía dirigirse a la baronesa, como si ella pudiera oírlo y participar también en la conversación, o darle alguna indicación concreta. Se preguntaba si, de haberla conocido, hubiera tenido una buena opinión sobre él. No estaba seguro de que fuera así, pero tampoco de lo contrario.

Sabía algunas cosas de la baronesa Francine. Por ejemplo, que se casó muy joven con otro aristócrata bastante mayor que ella y enviudó antes de cumplir los treinta. Libre de ataduras, pasó una década recorriendo el mundo de una punta a otra. Pero a los cuarenta años huyó de París por un asunto nunca aclarado, al que ella se refería como «un desgraciado *affaire* amoroso», y se estableció en Arca-

chon, en el palacete familiar de la Ville d'Hiver, de donde nunca más volvió a salir.

Dan caminó unos pasos por la habitación y dio una calada al canuto. Estaba algo fuerte, pero lo prefería así. Pensó que a la baronesa Francine, romántica y aventurera, probablemente le hubiera gustado el hachís.

—Hemos tenido que cerrar la *boutique* —continuó Marie France—, porque la tormenta nos ha dejado sin luz. No estarás fumando, ¿verdad, *chéri*?

—¿Fumar? ¡No! —mintió—. ¡Con lo que me costó dejarlo!

—Lo sé, lo sé. Pero me había parecido... Bueno, no importa. Te decía que de pronto ha sonado un trueno enorme y toda nuestra zona se ha quedado a oscuras. Una faena, porque teníamos varias clientas que se han marchado sin comprar nada.

—Y os habéis ido a beber algo al Pinpi. ¿Ahí sí hay luz?

—¡No!, ¡qué va! Pero han distribuido velas por las mesas y el bar ha quedado precioso.

Un estrépito de cristales rotos interrumpió a Marie France, que cruzó unas palabras con alguien entre risas.

—Estamos bebiendo grog —explicó con tono festivo—. ¡Ni recuerdo cuándo lo tomé por última vez! Pero Baptiste dice que es bueno para entrar en calor. No hace falta que vengas a buscarme, *chéri*. Henriette ha traído el coche y me acercará a casa. Bueno, cuelgo y te veo en un rato, «guapo». ¡*A bientôt!*

Colgó el teléfono riéndose. Había dicho «guapo» en español y siempre le hacía gracia hablar ese idioma. Aun-

que era el de sus padres, nunca lo aprendió bien, y con Dan solo hablaba francés. Él pensaba que eso evidenciaba el rechazo de Marie France hacia sus orígenes, pero en una ocasión lo comentó y ella le contestó irritada que de ser así, de sentir antipatía hacia lo español, no llevaría quince años viviendo con él, que a fin de cuentas nació al otro lado de la frontera. Y, ante eso, había tenido que darle la razón.

Cerró las contraventanas de la sala y del dormitorio porque la lluvia golpeaba con saña los cristales. Ocultó el tabaco y el hachís en su escondite habitual, los viejos guantes de cuero que guardaba al fondo de su armario, y encendió una varita de incienso para disimular el olor. Luego abrió una botella de burdeos. Bebió lentamente, la mirada clavada en el amplio ventanal de la cocina, por el que resbalaban gruesas gotas de agua sucia. Más allá, Arcachon se extendía hasta la bahía, envuelto en una neblina grisácea y densa que amenazaba con tragarse la ciudad en cuanto cayera la noche sobre ella.

El joven del paseo marítimo. No podía quitárselo de la cabeza. Sus ojos huidizos. El temblor de la pierna y las manos. ¿Qué hacía allí? ¿Realmente lo habían enviado para matarlo? ¿O era una invención suya, un brote paranoide, muy común entre quienes, como él, tenían un pasado violento?

Debía ser eso: paranoia pura. Cualquier otra hipótesis no tenía sentido. ETA ya no mataba. Esos tiempos habían pasado. ¿Por qué iban a ir a por él después de tantos años?

Era absurdo. Un disparate. Incluso si alguien rematadamente loco quisiera intentar contra él, no sería tan gilipollas de encargarle el marrón a un chaval sin experiencia, un pipiolo que temblaba solo con ver que Dan se acercaba.

Se sirvió otra copa de vino. La lógica decía que olvidara el incidente, reduciéndolo a lo que era de sentido común: un chico raro lo había mirado con demasiada intensidad, y eso pulsó el botón del miedo, empujándolo a elucubrar disparates sin sentido. Su pequeño y primitivo cerebro reptiliano, que años atrás tuvo gran protagonismo en su vida, se sintió amenazado, y el muy cabroncete tomó el mando de su mente, nublando las funciones racionales y sensatas. Tenía que tratarse de algo así. Y sin embargo...

No. Aunque pareciera absurdo, estaba seguro de que no eran paranoias suyas. Había algo más en aquel encuentro con el chaval flaco. A lo largo de su vida había corrido muchos riesgos y aprendió a discernir lo real de lo que no lo era. La intuición lo salvó de varias situaciones peligrosas. Y su sexto sentido lo alertaba cuando algo iba mal. O eso creía. Pero ¿no pensaban lo mismo todos los paranoicos?

En ese momento oyó un ruido en la cerradura de la puerta de la calle. Una llave la hurgaba intentando violentarla. La voz de un hombre lanzó una exclamación ahogada, tal vez un juramento. Después sonó una ligera patada en la base de la madera.

Para entonces, él ya había apagado todas las luces y estaba oculto tras el aparador de la sala. La espalda y la cabeza pegadas a la pared, el corazón latiendo con fuerza, los músculos en tensión, aguardó sin hacer un solo movimiento, consciente de que estaba desarmado y no tenía nada con

lo que defenderse en caso de ataque. Si actuaba con agilidad, tal vez pudiera llegar hasta el sofá y esconderse tras él, pero no estaba seguro de lograrlo y, en cualquier caso, también allí sería un blanco fácil.

Durante unos segundos eternos no se oyó ningún ruido. Luego la puerta se abrió y los Lefebvre entraron en la casa hablando a gritos, como siempre. Dan respiró aliviado. Los Lefebvre, dos setentones de la Provenza, tenían alquilado el apartamento superior de la vivienda. A él le resultaban extremadamente antipáticos, pero eran inofensivos.

Madame Lefebvre encendió la luz del pasillo y avanzó a grandes pasos.

—*Mon Dieu, mon Dieu!* —clamaba en voz muy alta—. ¡Qué espanto! ¡Qué vamos a hacer, Armand? ¡Piensa, piensa algo! ¡Esta humedad insana mata a las personas mayores!

Su marido la seguía, pateando el suelo con fuerza. Llevaba en la mano un paraguas roto y lo blandía rabioso.

—¡Qué vamos a hacer!, ¡qué vamos a hacer! —replicó monsieur Lefebvre, irritado—. ¡Qué preguntas tan estúpidas! ¡Pues irnos de aquí!, ¡eso es lo que tenemos que hacer!

El viejo estaba afónico y tosió varias veces. Parecía que le costaba respirar.

—¡Espera un poco, Odette! —ordenó—. ¡No tengas tanta prisa! ¡Necesito coger aire!

La mujer se detuvo. No parecía muy afectada por las palabras de su marido.

—¡Qué bien saben venderse estos aquitanos! ¡Arcachon esto, Arcachon lo otro...! ¡Pero de la humedad no dicen nada! *Merde pourri!*² ¡Eso es esta ciudad: *merde pourri!* ¡Qué ganas tengo de perderla de vista!

—Pues estamos aquí por tu culpa, Armand. Tú te empeñaste en prorrogar el alquiler.

—Es cierto —el viejo tosió—. Y no sabes cuánto me pesa. Pero tú debiste oponerte. Y no dijiste nada. Así que también fue culpa tuya. Digamos que nos equivocamos los dos.

—Sí, ya. ¡Ja, ja! Si algo sale mal, es un error de ambos. Si sale bien, el acierto es siempre tuyo. Viejo tramposo, ¿crees que no te conozco?

El anciano respondió con un ruido gutural que lo mismo podía ser un conato de risa que un carraspeo. Al pasar ante la cómoda de la entrada, donde siempre había un bloc en el que Marie France y Dan anotaban listas de la compra y asuntos pendientes, el viejo se detuvo.

—¡Vaya, vaya! —dijo en tono jocos—, ¡él ha vuelto a olvidar comprar el queso que le gusta a ella! ¡Está muy olvidadizo últimamente!

—¿Será porque tiene muchas cosas que pensar? —respondió risueña Odette Lefebvre.

—¿O será que es tonto? —preguntó su marido.

Ella se rio. Su risa sonaba como el cloqueo de una gallina.

Cruzaron la sala pasando a pocos metros de Dan, que continuaba oculto tras el aparador, sin advertir su presen-

² «*Merde pourri*»: 'Mierda podrida'. Coloquialmente, expresión francesa malsonante que indica contrariedad o indignación.

cia. Luego subieron penosamente la escalera que comunicaba el apartamento de Dan y Marie France con el suyo.

—¡Malditas escaleras! —se quejó madame Lefebvre—. ¡Tener una casa como esta y no instalar ascensor! ¡Siempre he dicho que hay que desconfiar de los españoles!

Un trueno amenazador retumbó haciendo vibrar los cristales de la casa. Madame Lefebvre exhaló un grito. Su marido le contestó con una voz cargada de cólera.

—¡El ascensor es lo de menos, Odette! ¡Hay que vivir en un lugar seco, querida! ¡Qué ganas de volver a Arlés! ¡Pronto estaremos lejos de este terrible lugar!

Un portazo indicó que los viejos se habían encerrado en sus habitaciones. Dan salió de su escondrijo. Era molesto tener huéspedes porque el apartamento de arriba carecía de entrada independiente y compartía con el suyo la escalera y un tramo del salón, que hacía de pasillo. Marie France y él fantaseaban a veces con la posibilidad de separar las entradas de ambos pisos, pero era una reforma cara y no querían hipotecarse con el banco y llegar apurados a fin de mes.

Dan observó el parqué. Mostraba huellas de los zapatos embarrados de los Lefebvre y un reguero de agua sucia los acompañaba escaleras arriba. Cogió una fregona y limpió todo. Annette, la chica que se ocupaba de la limpieza, se había despedido meses atrás. En vez de buscar una sustituta, Marie France y Dan decidieron destinar su sueldo a un viaje por el extranjero. Ahora el cuidado del hogar se había convertido en tarea suya. Procuraba mantenerlo en buenas

condiciones, sin que Marie France le viera hacerlo. Ella era de esas mujeres que querían llegar a casa y encontrar todo perfecto, pero no era de las mujeres a las que les gustaba ver a un hombre —su hombre— limpiando como una asistente. Y él lo sabía. No lo habían hablado nunca, pero hay cosas que se saben mejor precisamente porque no se hablan.

Mientras guardaba la fregona en el armario, pensó en Annette y suspiró. Tendría que resolver también aquel asunto.

CAPÍTULO 3

VOLVIÓ A LA COCINA Y SE SIRVIÓ MÁS VINO. NECESITABA entrar en calor y serenarse. No podía continuar con ese estado de nervios.

Respiró hondo. No veía la hora de que los Lefebvre dejaran el apartamento libre, aunque eso conllevara un descenso importante de sus ingresos. Su contrato de arrendamiento había vencido dos meses antes, pero pidieron una prórroga para resolver unos asuntos burocráticos y Dan y Marie France accedieron por cortesía. Y ya no podían soportarlos más. Ambos estaban hartos de sus quejas y reproches, así como de las miradas censoras que les lanzaban constantemente.

Dan había tenido una buena ración de ellas esa misma mañana, en el café de Annette. Conocía a la muchacha desde cuatro inviernos atrás, cuando ella acababa de cumplir veinte años y llegó a Villa Francine para ocuparse de la limpieza. Pese a la diferencia de edad, pronto se estableció entre los tres una relación muy cordial, casi de amistad.

Hasta que un día, inesperadamente, se despidió de ellos diciéndoles que se iba a vivir a la isla Reunión con su nuevo novio, originario de Saint Denis. Durante meses les envió postales que mostraban volcanes en erupción, enormes cataratas, acantilados escarpados... Decía que estaba muy enamorada y que adoraba vivir en un lugar tan espectacular. Pero un día regresó sin avisar a nadie, comenzó a trabajar en Bisous Café y no volvieron a tener noticias de ella salvo por conocidos comunes.

Aquel día Dan fue a saludarla porque el cumpleaños de Marie France estaba próximo, había visto en televisión un reportaje sobre Reunión y pensó que un viaje a la isla sería un bonito regalo. No era un destino barato, y quería cerciorarse de que merecía la pena a través de alguien que conociera bien el lugar.

Cuando llegó al Bisous no había ni un cliente. Annette, inclinada sobre la barra, leía una revista. Parecía un buen momento para charlar. Pero la chica no mostró ningún interés en comentar las curiosidades de la isla. En cambio, le contó con todo detalle la ruptura con su novio, al que encontró en la cama con otra. Luego se echó a llorar desconsolada.

Dan no sabía cómo tranquilizarla, solo acertó a sacar un pañuelo y tenderse, pero ella se lanzó a sus brazos, hundió la cabeza en su cuello y siguió llorando y murmurando cosas incomprensibles entre hipidos. «Calma, Annette, calma —dijo Dan—. Ya pasó, ya pasó». Eso fue todo lo que se le ocurrió decir. Ni una palabra más.

La cercanía del cuerpo de la chica lo turbó tanto que no supo reaccionar. La suavidad de su piel rozándose contra él le despertó sensaciones que creía olvidadas. Se pre-

guntó si ella habría notado su azoramiento y nerviosismo. Se dijo que tal vez no le molestara. Que quizá incluso le gustara. Acarició el pelo de Annette con delicadeza. Olía a vainilla. Cerró los ojos y aspiró aquel aroma sintiéndose transportado a un bosque exótico. Se dejó llevar solo un instante. Al abrir los ojos vio a los Lefebvre cruzando la calle. Ellos lo descubrieron también y se quedaron mirándolo con censura desde la acera. Y, súbitamente, el encanto del momento se rompió.

Los ojillos diminutos de madame Lefebvre se clavaron maliciosos en los de Dan. Ella dijo algo y su marido se paró ante la puerta del café y respondió quién sabe qué, clavando la vista en Dan y en Annette, que seguía abrazándolo. Dan no oyó el comentario del viejo, pero supo que se trataba de algo insultante, posiblemente soez, porque fue acompañado de una mueca de desprecio y sarcasmo. Luego el anciano se rio sin dejar de mirarlos, y su mujer lo golpeó con el codo, en un gesto que lo mismo podía ser de complicidad que de reprimenda.

Estaba claro que la visita a Annette había sido un error. Aunque él no hizo nada para provocar una escena tan incómoda, se arrepentía de su imprudencia, que podía dar lugar a equívocos. A fin de cuentas, se dijo, Annette era casi una niña, pero él tenía cuarenta y nueve años, edad suficiente como para anticiparse a los problemas.

Y, por otra parte, ¿qué importancia tenía que hubiera ocurrido aquello? ¿Era tan preocupante? ¿O simplemente

pensaba en ello para evitar otros pensamientos? Porque lo que le costaba quitarse de la cabeza, lo que realmente podía obsesionarlo, era la expresión del chico del malecón. Había visto esa expresión en otros hombres. En el pasado. Y sabía qué significaba.

Su madre solía repetir una sentencia: «Nadie es tan joven como para no poder morir mañana, ni tan viejo que no pueda vivir un día más». Y él sabía, desde hacía muchos años, que vivía de prestado, que el tiempo no le pertenecía y que la única razón por la que no le arrebataron la vida, como a otros, fue que el azar, la suerte, estuvo de su lado.

Si el muchacho estaba en Arcachon para matarlo, ¿quién lo había enviado y por qué? Él llevaba más de veinte años alejado de todo y no conservaba nada de su pasado. Ni siquiera su nombre. Ni el auténtico, ni los de la clandestinidad. Y no tenía contacto con ningún otro miembro de la Organización.

¿Qué conseguirían acabando con su vida? ¡Ya no era nadie, solo un tipo corriente que se ocupaba de sus modestas obligaciones y de atender a su bonita mujer francesa! Una mujer que ignoraba su pasado porque a ella solo le importaba su pequeño mundo y jamás le interesó saber qué hacía él antes de conocerla.

La rama más larga del árbol del jardín golpeó con violencia la ventana de la cocina y lo sobresaltó. Debía cortar esa rama sin tardar, o un día rompería el cristal.

Marie France llegaría enseguida. Y hambrienta. Al mediodía almorzaba con prisa para volver a la *boutique*, pero a la noche se relajaba y todo le sabía mejor. Eso decía. Así que Dan procuraba esmerarse y prepararle platos ligeros pero apetitosos.

Intentó apartar de su cabeza las preocupaciones y los miedos. Iba a cocinar. Le gustaba hacerlo. Sabía hacerlo. Era la profesión que figuraba en su pasaporte y en su carta de identidad. Y uno tiene que conocer el oficio que figura en sus documentos oficiales. Sobre todo, cuando están falsificados y ocultan una historia peligrosa.

Calentó el horno y sacó de la nevera un calabacín, media berenjena, dos tomates y unos espárragos verdes. Lavó y cortó las verduras en rodajas finas y las dispuso sobre una fuente para gratinar, en la que también colocó rodajas de patatas. Salpimentó y esparció sobre el conjunto tomillo seco, lo roció con aceite de oliva y lo metió al horno.

Marie France entró en casa, se asomó a la cocina, dijo que olía muy bien y besó a Dan en los labios, levemente. Él estaba poniendo la mesa y se detuvo para mirarla. Pronto cumpliría treinta y seis años, pero aparentaba diez menos y conservaba una figura bonita y espigada. Esa tarde llevaba una gabardina negra muy ceñida, que resaltaba su pequeña cintura y sus caderas, redondas y bien dibujadas. Una boina gris le cubría la cabeza, dejando ver su melena rubia, que se ondulaba sobre los hombros. Sonrió y giró sobre sí misma.

—¿Te gusta mi gabardina? No sabía si estrenarla o no. ¡Pero he acertado! ¡Qué manera de llover, Danny!

—Te queda muy bien. ¿Tienes hambre? Las verduras estarán en diez minutos.

—¡Estoy famélica y helada! ¡En la zapatería me aseguraron que estas botas eran para lluvia, pero traigo los pies empapados! Me cambio y cenamos. Dame un segundo.

Eso fue lo último que dijo antes de desaparecer en el dormitorio para no volver a salir. Dan llevó la cena a la mesa, sirvió el vino y se sentó a esperarla. La llamó varias veces, pero no tuvo respuesta. La encontró en la cama, dormida y destapada. Se había puesto la chaqueta del pijama, pero no había llegado a quitarse los dos calcetines. Uno estaba tirado en el suelo y el otro seguía aún en su pie, húmedo y frío. Se lo quitó con suavidad. Al inclinarse para cubrirla con el edredón, notó que su aliento olía a ron.

Despertó en medio de la noche, sudoroso y sobresaltado. Había soñado que nadaba en un mar bravío y turbio, lleno de algas mucilaginosas, entre violentas corrientes que intentaban arrastrarlo hacia el fondo, al abismo. Aparentemente estaba solo en el agua, no veía a nadie alrededor, pero intuía que en la oscuridad se ocultaba algo muy peligroso que lo acechaba sin mostrar su rostro.

Durante un instante creyó reconocer una voz ansiosa que le hablaba entre el fragor de las olas. No consiguió entender qué decía, sus palabras no le llegaban claras, pero era un mensaje perentorio e intentó escucharlo con atención, porque sabía que contenía una información muy importante, capital, para él. La voz se volvió de pronto comprensible.

—¡Cuidado! —advirtió desgarrada—. ¡Mantente alerta! ¡Peligro! ¡Peligro!

En ese momento una ola enorme lo levantó por los aires, lo sostuvo en lo alto e inmediatamente lo lanzó, con fiereza, de vuelta al mar embravecido. Un mar que, ahora ya lo sabía, por fin logró adivinarlo, estaba infestado de tiburones.

Se incorporó en la cama y abrió los ojos, despavorido, con el pecho oprimido por la angustia. El miedo había acelerado tanto los latidos de su corazón que le costaba respirar. Marie France, profundamente dormida, había posado un brazo sobre su cadera. Lo apartó con delicadeza y se levantó de la cama con sigilo.

Caminó descalzo y a oscuras hasta la cocina. Sacó de la nevera la botella de leche y bebió a morro varios tragos. Seguía lloviendo a mares. El viento había alcanzado una velocidad inaudita y ululaba descargando violentamente agua contra la casa.

Se dirigió al baño y mientras orinaba, vio su cara reflejada en el espejo del lavabo. El pelo rubio alborotado, algo retirado sobre las sienes, dos arrugas marcadas en la frente amplia, los labios carnosos, fáciles para la sonrisa y grandes dientes cuadrados... Una cara que en su juventud se pareció mucho a la de Bobby Kennedy, el hermano fiscal del presidente de Estados Unidos. Y que ahora, a los cuarenta y nueve años, seguía recordando un poco a él.

Fue a la sala y abrió una contraventana para ver el exterior. La lluvia caía contra los cristales, casi horizontal, y

fuera debía de hacer mucho frío, porque las ventanas estaban empañadas. Frotó el cristal con la mano. ¡Y entonces lo vio! ¡Una figura solitaria en medio de la calle desierta! ¡El chico! ¡Estaba allí, a unos metros de la farola parpadeante del otro lado de la avenida Victor Hugo! ¡Plantado en medio de la acera con su parka militar, empapado, las gafas puestas y el ceño fruncido, miraba hacia la casa!

Dan se echó atrás sobresaltado. «¡Hostias, hostias, hostias!», murmuró.

Esperó unos segundos. Estaba seguro de lo que había visto. La imagen erguida junto al banco de la avenida no era una invención de su mente, pero necesitaba cerciorarse.

Fue a la mesa, cogió sus gafas y se acercó cauteloso a la ventana: ya no había nadie a la vista. El chico había desaparecido. Pero ¡hacía un momento estaba allí! ¿O no?

Imaginó que bajaba las escaleras y salía a buscarlo. ¿Qué posibilidades tenía de encontrarlo en medio de la tormenta? Pocas. Y aunque lo lograra, ¿qué haría? ¿Preguntarle quién lo enviaba? ¿Amenazarlo? ¿Golpearle? ¿Y cuál sería su siguiente paso? ¿Matarlo en plena calle y huir después, dejando el cadáver de un desconocido tras de sí? Qué absurdo. Supondría echar por tierra todo lo que había conseguido y nunca volvería a recuperar su vida.

Permaneció aún un rato observando la avenida, esperando que el muchacho reapareciera, pero fue en vano. Se preguntó si podría tratarse de una ilusión óptica. No lo creía. ¿Y entonces? ¿Qué iba a hacer alguien allí, en medio de la tempestad, vigilando una casa en la que no había movimiento alguno?

La parte racional de su mente le decía que no debía temer nada. Pero había otra zona, más recóndita, que recordaba episodios del pasado y temblaba ante la posibilidad de revivir lo que había intentado olvidar a toda costa.

Volvió a la cama, se pegó a Marie France, abrazó su cuerpo tibio y cerró los ojos. Sabía que le iba a costar mucho dormirse. Repasó mentalmente sus viejas obsesiones, las rutinas que lo mantuvieron con vida mientras estuvo en activo y que, tras tanto tiempo sin sentirse amenazado ni toparse con nadie sospechoso, casi creía olvidadas: elegir, en cualquier local al que acudiera, el lugar óptimo para controlar todas las entradas y salidas, calcular la distancia entre unas y otras y el tiempo que le llevaría recorrerlas si debía huir; estudiar las caras de quienes se aproximaran a él o de los que, simplemente, pasaban cerca de su camino; memorizar los vehículos con los que se cruzaba o los que estaban aparcados en las inmediaciones, así como sus matrículas, horarios y ocupantes...

El miedo y los fantasmas lo acompañaron un rato más. ¿Sería capaz de volver a la lucha? ¿Podría defenderse si se viera obligado a ello o, si lo atacaban, debía darse por vencido? Imposible saber la respuesta. Su cuerpo ya no era ágil y fibroso como en el pasado, ni estaba tan entrenado para la agresión o la huida. «Estoy jodido, Marie France», murmuró. Ella respondió en sueños algo ininteligible, en francés, y su voz, suave y algo ronca, lo serenó.

El granizo repiqueteaba con rabia contra las ventanas de la casa y un perro aulló en las cercanías. Dan se preguntó dónde pasaría la noche el chico.